

Muchos recuerdos, un compromiso

por ELIZABETH JELIN | Consejo Nacional de Investigación Científicas y Técnicas, Argentina
elijelin@fibertel.com.ar

Aun cuando sea esperada, la muerte siempre golpea. Tuve varias conversaciones con Carlos Iván en los últimos meses. En una de ellas, me decía que siente que necesitaría toda otra vida para llegar a hacer todo lo que le quedaba por hacer. La conversación giró hacia pensar juntos que eso nos pasa a todos y a todas quienes vivimos con plenitud, con proyectos renovados, con ganas y con curiosidad. Y que lo que hay que tomar en cuenta es que uno deja los hilos y los retazos con lo que quienes quedan pueden seguir tejiendo y cosiendo, armando nuevos proyectos a partir de esos hilos.

Compartí con Carlos Iván proyectos varios. El principal, de varios años, fue el programa que promovió la investigación y la formación de investigadores/as jóvenes sobre las memorias de la represión política en el Cono Sur y Perú, desarrollado por el Panel Regional de América Latina (RAP) del Social Science Research Council (con sede en Nueva York). Comenzamos a pensarlo grupalmente hacia 1997, y pudimos empezar a desarrollarlo en 1998, con un seminario en Montevideo y el lanzamiento del programa de becas. Carlos Iván estuvo en ese seminario, donde la profundidad de su análisis sobre el Perú —tanto en las narraciones de la crueldad de los hechos como en la sutileza de sus análisis y en su compromiso político-emocional— comenzaron a nutrir y enriquecer el diálogo y la construcción colectiva que estábamos encarando.

A partir de esa instancia, su presencia fue central en el desarrollo del Programa. La primera cohorte de becarios/as cubría cinco países —Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay— y al año siguiente se incorporaron también becarios/as de Perú. Compartimos la coordinación del programa durante los años siguientes, con seminarios, talleres, lecturas y diálogos

continuos alrededor de los temas que, de distinta manera en cada uno, combinaban la búsqueda más racional de explicaciones e interpretaciones sobre la violencia política y sus memorias con nuestras propias emociones y afectos, nuestros compromisos cívicos y políticos.

Carlos Iván estaba muy dolido y preocupado por Perú. Miraba las transiciones que se estaban viviendo y las elaboraciones del pasado dictatorial en los otros países con algo de envidia, con la ilusión de que algo tenía que pasar en Perú. Y pasó. Pasaron los Vladivideos, la huida y posterior renuncia de Fujimori y el gobierno de transición que se estableció en Perú en noviembre de 2000. Lo que ningún analista había podido prever estaba ocurriendo. Y llegó también la idea del Presidente Valentín Paniagua de establecer una Comisión de Verdad para investigar la violencia de las dos décadas anteriores en Perú.

Cuando su nombre empezó a circular como posible comisionado, Carlos Iván lo tomó con cautela: sabía que su responsabilidad lo llevaría a aceptar si se lo proponían, que había una deuda con las víctimas y con la sociedad peruana en su conjunto que debía comenzar a ser saldada. Sabía también que si le tocaba esa tarea, venían tiempos oscuros, difíciles de enfrentar —porque lo que iba a tener que escuchar y tratar de interpretar, más que inimaginable o indecible era, como dice Jorge Semprún, invivible.

Las conversaciones sobre los desafíos que la labor de la Comisión entrañaba eran interminables. Su sabiduría y su compromiso con enfrentar las consecuencias de discriminaciones estructurales de larga data en el Perú lo hicieron especialmente sensible a la tensión —si no paradoja— entre una lógica de los

derechos humanos, según la cual se identifican daños, víctimas y responsables individualizados, y la idea de comunidades enteras que fueron destruidas o desarticuladas por años de violencia. ¿Llevar un registro de cada una de las violaciones a las que cada persona fue sometida? ¿Poner el acento sobre las dimensiones comunitarias y colectivas? La salida fue reconocer la tensión e incluir ambos niveles, lo cual permitió al informe de la CVR —producto de una labor colectiva elaborada con esfuerzo, sabiduría y dolor personalizado de cada comisionado/a— constituirse en una propuesta clave para iniciar una construcción democrática en Perú. Desde entonces, las ilusiones fueron alternándose con las frustraciones por los avatares políticos en Perú.

Su pensamiento es complejo. Sea en sus contribuciones académicas, centradas más que nada en la realidad peruana, o en sus intervenciones en el debate público en Perú, Carlos Iván transmitía una metodología de trabajo que combinaba el rigor en el análisis de la complejidad de los fenómenos sociopolíticos, su compromiso ético por denunciar desigualdades sociales y el racismo estructural, y su manera especialmente cuidada y llena de encanto de hacerlo.

Desde su dedicación, apego y generosidad hacia las generaciones jóvenes, entonces, debemos asumir el compromiso de seguir hilando, tejiendo y cosiendo. Creo que ese será el mejor recuerdo y el mejor homenaje a nuestro queridísimo CID.

PD Les pedí a colegas con quienes compartimos esos años y esas tareas que juntemos nuestros recuerdos:

El siempre encontraba qué decir ante cada situación, y encontraba el cómo, no solo

con agudeza intelectual sino en la forma; no solo en la expresividad que le daba a las palabras, sino también en como manejaba los tonos de su habla, hasta las pausas. (Alvaro Degiorgi)

Hay muchos académicos interesantes, inteligentes, trabajadores y hasta comprometidos. Carlos Iván transmitió todo eso, pero pocas veces me ha tocado conocer hombres cálidos, cariñosos, que saben escuchar, agradecer, estimular, compartir. Su humildad, su sonrisa, y la calidez de sus abrazos, en un académico inteligente y comprometido como él, es lo que yo quisiera encontrarme más seguido en esa generación de intelectuales latinoamericanos que nos han marcado. (Angélica Cruz)

La muerte me despierta muchas reflexiones que nos trascienden como individuos. Y particularmente en relación con los que trabajamos con el intelecto. ¿Qué dejamos? No creo que sean solo los libros. Hay una herencia inmaterial, sin copyrights claros, que permanece en las comunidades académicas. Conductas invisibles, una forma de leer, una manera de discutir, de argumentar, de citar un libro, de vivir la relación entre política y academia. (Aldo Marchesi)

“Se sienten pasos”. Así llamó Carlos Iván a su blog. Ese título lo pinta. Una mente sagaz, un espíritu inquieto, expectante. Tres dimensiones que en él parecían inseparables: la política, la académica, la personal. Jugadas con audacia, con humor, con compromiso y con desajustes, como sucede habitualmente con las personas que como él, hacen lo que hacen para conjurar eso que de otra forma les quedaría “apelmazado entre los colmillos”. Es esa actitud de estar atento al pulso de los tiempos y dispuesto, y abierto, pero también implacablemente crítico, lo que a

mi juicio nos deja como herencia. (Laura Mombello)

Quedé atrapada por sus retratos de gentes y paisajes sociales que describía con tanta sensibilidad y al mismo tiempo con tanto realismo. Su trabajo en la Comisión, el contacto con la gente, con los testimonios y sus textos sobre la violencia en Perú fueron el producto de su fuerza para contar, reclamar y transmitir. (Susi Kaufman)

Me impresionó su solvencia académica y su cancha en la vida cotidiana, su amabilidad en el trato y la capacidad de reflexionar y de dialogar formal e informalmente al mismo tiempo. Su humor pícaro, reflexivo, apareció con claridad. También sus preocupaciones por el futuro político y académico de su país. (Diego Sempol)

La sonrisa irónica y algo triste con la que evocaba su paso por la Universidad de Ayacucho y la forma en la que había conocido a Abimael Guzmán, para luego, con toda humildad, ofrecerme un artículo de su autoría que lo pinta de cuerpo entero como intelectual: “Qué difícil es ser Dios”. Ya en el título aparecía lo que creo es su toque distintivo: siempre combinando la erudición con el conocimiento libresco y la literatura, todo sazonado con la humildad de los grandes. (Federico Lorenz)

Lo recuerdo claro en sus intervenciones, con la solvencia intelectual y la humildad de los grandes, con un gran don de gentes y una ecuanimidad académica que traducía su saber estar en la vida. (Silvina Jensen)

Lo que más me sorprendía de Carlos Iván era el contraste entre las terribles tareas en las que se veía comprometido y su carácter modesto, alegre y festivo. El animador empático de los dolorosos debates y el líder resuelto de los bailes. Sus intervenciones siempre justas, catalizadoras ni su categoría

humana; la imagen del profesor ideal, con libros, calle, y ética no impostada; pero sobre todo, el resonar de la música, el cuerpo palpitando, la sonrisa extasiada y sudorosa comandando un meneaito. (Diego Escolar)

Un raro ser que se mueve entre las materias sensibles del arte y el conocimiento sin quedar manchado ni por la ingenuidad ni por la soberbia. Hablaba poéticamente y tal vez por eso sus citas se articulaban con sus exposiciones académicas de una manera honda y natural. Sus charlas emanaban belleza. Daba ganas de seguir escuchándolo por horas. Otro dato trivial: Carlos Iván jugaba admirablemente al ping-pong.

Ese hombre sensible y conocedor, afable y de buena escucha, supo también ser valiente a la hora de comprometerse con la titánica tarea de integrar la Comisión por la Verdad en Perú. Además de su legado, de los proyectos que concretó, de las ideas que puso en acción, yo me quedo con su sutileza, su capacidad para expresar lo sutil de la acción humana, del pensamiento y el sentir, los claroscuros, los matices, todo aquello que nos transmitía, como dice el poeta, “el anhelo de no ser lo mismo y buscar lo que asombra”. (Claudia Feld) ■